

PASCUAL DUARTE Y SUS LECTORES

JOHN CRISPIN
Vanderbilt Univ.

A los 47 años de su publicación, la primera novela de Camilo José Cela sigue retando a los críticos. Según el recuento que hice en preparación de esta ponencia, la bibliografía de los últimos quince años consta de unos cincuenta artículos y estudios monográficos. La mayoría se enfrenta, una y otra vez, con la ambigüedad textual de la novela, aparentes contradicciones en la visión que se presenta del protagonista y, últimamente, el problema de su culpabilidad.

Entre los numerosos ensayos que se enfrentan con esta cuestión, el artículo de Robert Spire titulado «Systematic Doubt in the Moral Art of *La familia de Pascual Duarte*» (HR, 40, 1972), concluye, tras un minucioso análisis, que la estructura narrativa de la novela contiene inherentes, y quizá deliberadas contradicciones que impiden cualquier juicio moral definitivo sobre el personaje.

Son naturalmente numerosas las lecturas, válidas e inválidas, que se pueden proponer de la novela. Quiero sugerir, sin embargo, que las vacilaciones señaladas por Spire pretendían, cuando se publicó la novela, tal vez para salvarla de la censura, dejar abiertos, básicamente, dos caminos de lectura propuestos a dos clases de lectores históricos. En ambos casos, la estructura del relato depende de la colaboración activa de los lectores, y toma en cuenta sus prejuicios ideológicos.

La primera posible lectura, en 1942, correspondía a la de los apologistas del régimen franquista, empezando por el censor, para quienes «los buenos» eran automáticamente «los vencedores». El concepto de moralidad de este grupo equivalía al mantenimiento del orden socio-político protegido por el Estado y la Iglesia. Estos lectores criticarían en la novela crudezas de mal gusto, propias de la literatura decadente. De hecho, como señala Jorge Urrutia (en su introducción a la edición Planeta), el bulto de la crítica periodística en los años inmediatamente posteriores a la publicación de la novela censura su inmoralidad o el abe-

rrante y patológico comportamiento de su protagonista... Críticos como José Luis Castillo Puche (citado por Urrutia), o la censura eclesiástica formarían parte de este grupo de lectores, y se identificarían con el juicio del Transcriptor, personaje de la novela según el cual Pascual y su confesión, como ciertas novelas picarescas, no se deben leer, y sólo merecen atención como ejemplo ético-moral contrario: Pascual es «un modelo para no imitarlo», opina categóricamente este transcriptor-moralista.

Nada hay en la novela que permita desmentir categóricamente el juicio condenatorio inicial del que se interpone así entre el manuscrito inicial de Pascual y el lector. No hay duda de que ciertos actos violentos de Pascual, particularmente su participación en el asesinato de Don Jesús, pueden parecer gratuitos, y ninguna justificación, como la que más adelante voy a proponer, es irrefutable.

Spires ha demostrado que el llamado Transcriptor, al editar el manuscrito, reordenando sus páginas, censurando lo que estimaba indecoroso, y añadiendo documentos iniciales y finales como parte íntegras del relato, se convierte en «narrador básico» que impone una estructura al texto desde un determinado punto de vista. Para el lector implícito fiel a la ortodoxia del Régimen, los documentos añadidos, particularmente las cartas finales, tienen por objeto reforzar el juicio inicial contenido en la primera Nota del Transcriptor. La única duda que puede haber para este lector al leer las opiniones finales expresadas por el presbítero y el carcelero sobre Pascual, sobre todo al tratarse del juicio de respetables autoridades, sería acerca del arrepentimiento del condenado ante el cadalso. No hay duda alguna acerca de su culpabilidad. Este lector cómplice el «Narrador básico» no dudaría tampoco de la buena fe de éste, ni de la pertinencia de su papel editorialista. Más bien se dejaría llevar de su mano.

El otro supuesto lector, inconforme de antemano con la ideología oficial, encontraría en la Nota del Transcriptor un tono de moralismo curial contra el cual reaccionaría. Trataría de «destruir» el texto que le propone el narrador. Intentaría leer la confesión de Pascual, aun con todos los cortes y manipulaciones, buscando datos que le permitan formarse una visión del personaje al margen del juicio del «narrador básico». Ante los documentos añadidos tendría una reacción contraria a la del primer lector, notando, por ejemplo, como paradójica la conducta de Pascual ante la muerte, pero rechazando como irrelevantes el juicio del cura y del administrador de la cárcel sobre esta conducta. El protagonista podría revestirse de matices político-sociales, especialmente por su misteriosa participación en la ejecución de don Jesús (suponiendo que esta muerte ocurriera, efectivamente, en el contexto de los acontecimientos iniciales de la guerra civil).

Teniendo en cuenta lo que parece anunciar el título de la novela, la muerte de Don Jesús parece deliberadamente añadida para incitar, por ambas partes, una lectura político-social de la novela, y para descalificar una interpretación

psicológica del protagonista exclusivamente en el contexto de sus relaciones familiares o dentro del clan-pueblo.

Este crimen, mucho más que el matricidio, es el que choca al Transcriptor. ¿No estaría pensando en él al escribir el párrafo que da comienzo a la novela, cuando alude a las razones del retraso con el que publica las memorias de Pascual? Se ha demorado, dice, no por no haber terminado su tarea editorial, sino porque la muerte de Don Jesús, y de otros como él era asunto aún bastante explosivo. Por otra parte, aun en 1979, un crítico marxista, Rafael Osuna, todavía llegaba a decir que en *La familia de Pascual Duarte*, el incidente de la muerte de Don Jesús, para él acontecimiento obviamente vinculado con la revolución social del 36, es el más importante en la novela, y que la publicación de las «confesiones» de Pascual servía la causa de los vencedores demostrando la necesidad que se tenía de reestablecer un orden moral frente a las «hordas rojas» (juicio éste reflejado en ciertas reseñas contemporáneas de la primera edición de la novela). Para ambos lectores implícitos, la muerte de Don Jesús, personaje, por más señas, a quién van dedicadas las confesiones de Pascual, podría explicarse en sentidos opuestos: como prueba contundente de la irredimibilidad social de quien le mató a sangre fría, y de su duplicidad y falsa contrición, para el grupo uno, como innecesaria complicación, o deliberado intento de cargar gratuitamente la consciencia del protagonista (sin proporcionar bastantes datos o indicios sobre la medida exacta de su participación en el acontecimiento) para el segundo. Fuera como fuese, existían para los primeros lectores ciertas contradicciones formales irresueltas e irresolubles en la primera novela de Cela. Son rasgos que posteriormente fueron considerados como defectos por algunos críticos (Paul Ilie, por ejemplo) pero que quizá tuvieran como propósito, algo perverso, sembrar la duda y empujar a los primeros lectores en direcciones contrarias, según su ideología, pero permitiendo hoy todavía otra lectura.

Pese a la alteración, y probable mutilación del manuscrito por el Transcriptor, lo que rige una lectura a distancia, desprendida del clima político en que nació la novela, es la tensión entre los dos conceptos de moral y culpabilidad frente a los cuales se debate Pascual: el código socio-religioso según el cual, oficialmente, los actos en sí pueden ser definidos como buenos y malos en cuanto afectan al aparato del poder, y el concepto de responsabilidad personal de cada individuo fiel a sí mismo y a ciertas nociones básicas de justicia que le dictan su conciencia.

Estos dos códigos son a menudo contradictorios. El lector que tienda, más o menos rígidamente, a concebir la moral según el primer criterio juzgará a Pascual por sus actos, pasando por alto, o quitando importancia a las vacilaciones que reflejan su confesión, el testamento de Don Joaquín, o la carta final del capellán Lurueña, personaje éste capaz de decir que Pascual Duarte es «un marco cordero acorralado por la vida», y a continuación, de interpretar la rebeldía final del personaje como acto de posesión diabólica —«lástima que el enemigo le ro-

base sus últimos instantes», dice, y no como legítima rebelión ante un castigo que él, como sacerdote y parte del aparato del poder, juzga indudablemente como justo.

El lector menos regido por nociones preconcebidas verá en la confesión de Pascual un documento del que se desprende una sutil motivación psicológica del protagonista como víctima de un código ético-social que él sólo entiende a medias. En la propia consciencia de Pascual chocan la moral oficial tal y como se la inculcan los representantes de la Iglesia, con un innato sentido ético del que cree haber vivido, en el fondo, según las reglas de la sociedad, para verse a pesar de todo condenado por ella. Este conflicto es el que produce los vaivenes y vacilaciones entre la redacción de la confesión y los silencios; la contrición aparente, que algunos creen falsa, seguida de la violenta rebelión ante el castigo final, prueba para los mismos de la hipocresía de Pascual.

La designación del «manso cordero» que emplea el capellán Lurueña para hablar del condenado, aludiendo sin darse cuenta al propio nombre del personaje, no está tan desatinada como a primera vista pudiera parecer. Sobre la fundamental inocencia de Pascual se ha hablado y escrito muchísimo. La noción de mansura implica, sin embargo, conformidad; aceptación del *status quo*. Esta noción define muy bien a Pascual. Acepta al pie de la letra valores sociales que él cree inquebrantables: el honor personal y familia que el varón debe defender a toda costa, y el papel del hombre como protector de la familia, con todos los derechos y obligaciones que esto implica.

Lo que para la familia de Pascual, y para casi todos en el pueblo, es un mero código mantenido como fachada y sólo de labios afuera constituye para Pascual, siempre fiel a sí mismo, un modelo de acción. Hay además en la sociedad en que vive Pascual injusticias y abusos que tolera el poder tanto civil como religioso. La consciencia íntima del personaje percibe esta contradicción, aunque confusamente, y se rebela contra este estado de cosas. Pascual, al intentar en su confesión comprender sus propios motivos, no lo logra más que subconscientemente. El lector implícito apolitizado ve mucho más lejos que el personaje, quien hasta el último momento seguirá debatiéndose entre el sí y el no de su culpabilidad. Para este lector, quedan claros el motivo del matricidio, necesario desde la perspectiva de Pascual contra quien ha violado el código de honor y ha prácticamente invertido la relación de varón a mujer según el código al que antes he aludido.

El lector implícito llegará a la conclusión de que Pascual nunca actúa sin lógica interna, ni sin provocación. Buscará, pues, en la implicación del personaje en la muerte de Don Jesús no una explicación política o fortuita (Pascual como integrante de las «hordas rojas» en las que actuaban elementos criminales). Tratará de ver si este acto de violencia, único que no parece relacionarse con el honor de la familia, es, a pesar de todo, consciente dentro de la serie.

Es poquísimo lo que se sabe de la muerte de Don Jesús y del papel que en

ella pudo tener Pascual. Sólo tenemos la dedicatoria del autor de las confesiones, en sí tan problemática, y que muchos lectores, especialmente estudiantes, suelen pasar por alto (como generalmente pasa con la dedicatoria). El texto es el siguiente:

«A la memoria del insigne patricio don Jesús de la Riva, Conde de Torremejía, quien al irlo a rematar el autor de este escrito, le llamó Pascualillo y sonreía.»

Lo que salta a la vista en esta cita es el respeto con el que se dirige Pascual al aristócrata del pueblo. No niega haber intervenido en su muerte, y se siente sumamente arrepentido de este acto, pues para él no tiene explicación. Dejemos aparte la controversia sobre si Pascual mató o sólo remató a Don Jesús, o las especulaciones extratextuales sobre si lo hizo como integrante del odio de clases en el contexto de la guerra civil, o, al rematarle, simplemente por piedad. Creo que hay en las breves palabras que el conde dirigió a su improvisado verdugo algo capaz de provocar a Pascual a la violencia, consistente con su motivación anterior. Y es que el diminutivo pone en duda su hombría, siempre el punto flaco para Pascual. Esto podría parecer gratuito si no fuera que en otra circunstancia, la riña con Zacarías, el personaje se sintió aludido y provocado por el término «palomo ladrón». El uso del diminutivo, manifestación de cariño por parte del conde, o su modo de incitar piedad, pudo ser, como tantas veces antes, el resorte que empujó a Pascual a este crimen no premeditado.

Tal vez hubiera sido difícil para los primeros lectores de la novela lograr la distancia y desprendimiento ideológico suficientes para llegar a esta conclusión, y todavía más analizar las verdaderas implicaciones del diminutivo Pascualillo. Cuando el conde se enfrenta con su verdugo, éste tiene ya más de cincuenta años. Si se dirige a él como a un niño, hace resaltar la relación paternalista que existe entre el poder y los ciudadanos-niños llamado a obedecer y a aceptar como dictado de derecho divino como fuerza moral incuestionable todo lo que emane de la autoridad. La primera novela de Cela, a través de un personaje que sólo lo entiende a medias y a oscuras, cuestiona este estado de cosas, aunque es poco probable que esta lectura fuera evidente, en 1942, para lectores de ambos bandos.